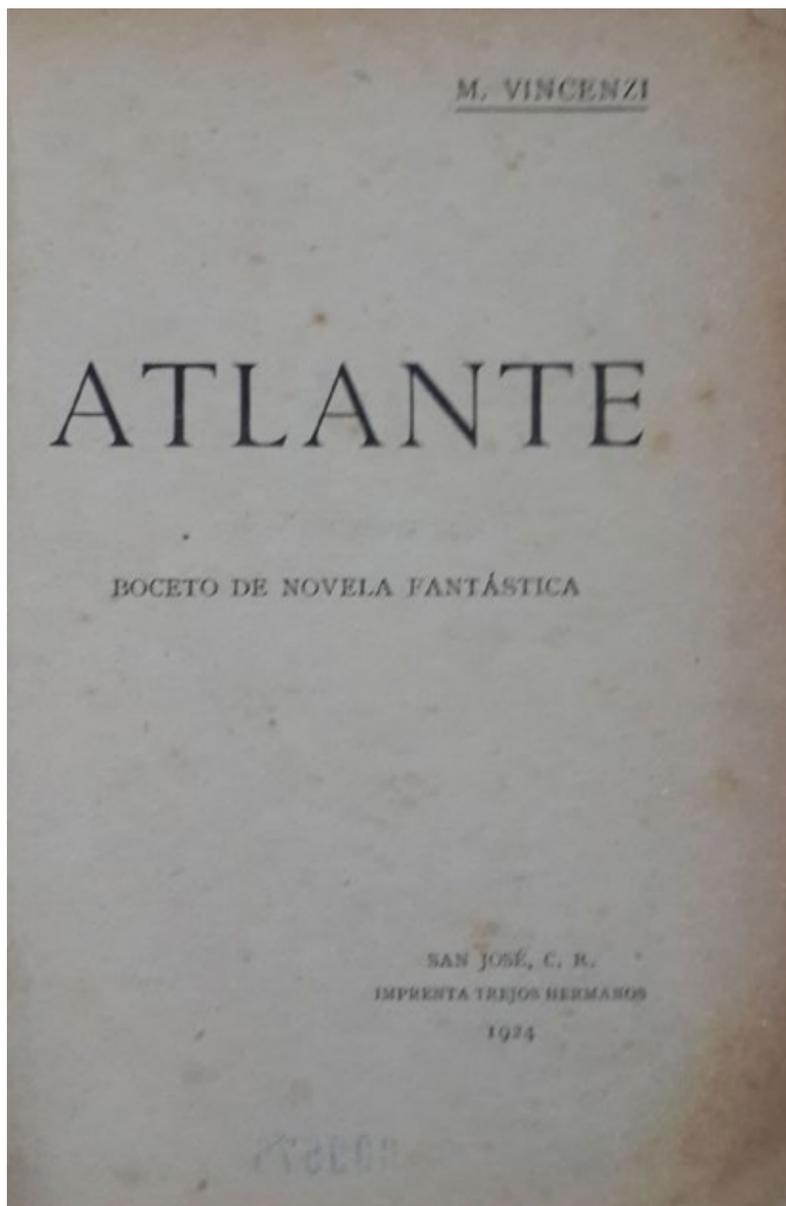


Moisés Vincenzi



Mil trescientos cincuenta y uno. Es en la isla misteriosa de la Atlántida, a cuyas costa ignoradas los tritones de redondas ancas conducen a un novel aventurero de las aguas marianas, Angelo Cavalcanti.

De la playa arenosa, lo llevan doce aladas doncellas, en vuelo inesperado, hacia el interior de la isla de enigma.

Se enamora de la más bella, de Vitinia. Pero, los envidiosos no aceptan aquel amor ya que al ser humano le faltan precisamente las alas. Ha de conquistarlas a fuerza de heroísmo, de trabajo, de caridad. Cavalcanti demuestra poseer alma de héroe, espíritu de trabajo, corazón saturado de caridad.

Gana así, por esfuerzo propio, las alas y, con ellas, el derecho indiscutible a la mano, que es todo un tesoro, de Vitinia.

Los espíritus del mal, los que trabajan en la sombra, no permiten que el matrimonio se realice. En sus almas se enroscan, furibundos, los dragones de la envidia que no saben sino odiar lo bello, lo bueno. Angelo y Vitinia son heraldos de Belleza y de la Bondad.

Hay una lucha de gigantes contra pigmeos. De gigantes cuya valentía fulgura a la luz del sol y de pigmeos que se arrastran en las sombras, llevando por doquier la angustia desoladora. Son, los de abajo, gentes en las que hay decadencia virtual de la vida: en sus pensamientos y en sus sentimientos se oculta acurrucada la maldad.

El fuego del mal destruye las mansiones del bien. Vitinia y Angelo escapan hacia las alturas, por encima de los abismos. Saben que, para salvarse, no basta ser puro. Es necesario ser valiente para defender las propias virtudes.

Desde el silencio de aquellas cumbres desoladas, contemplan cómo se hunde, en las aguas amargas del océano la isla de sus ensueños.

Alzan el vuelo hacia tierras desconocidas del occidente. Hacia la América virgen, en donde han de fundar una nueva raza de hombres de bronce de misteriosos empuje.

Es una novela fantástica, dice el autor. Es una novela filosófica, dice el crítico. Aquella isla es un símbolo. Es el alma del hombre en la que luchan, sin piedad, por una conquista espiritual, los instintos desordenados que se mezclan, en su nido de víboras, con los anhelos de perfección que conceden alas a cuanto a ellos se acerca.

El fuego de las pasiones, las ráfagas violentas de la ambición, las olas inquietas de la envidia, se levantan contra el bien, que es amor, solamente amor.

Vence la horda demoníaca. Es lo natural. Aquella isla no logra dar abrigo a la bondad. Entonces, las ansias aladas del amor emprenden el viaje hacia otra isla, hacia otra alma en donde sí han de encontrar el sagrado refugio que necesitan.

Ese vuelo, por sobre los océanos del mal, puede muy bien ser la idea bienhechora que el hombre ha llamado redención.

Fantasía la del autor, no hay duda. Fantasía, también la del crítico. En verdad, la de Vincenzi es una novela fantástica, pues pone a volar la imaginación de los críticos menos imaginativos.